

# ▶▶ POEMAS

“ Siempre entrenando  
de manera  
gradual,  
alegresante,  
felizmente,  
relajada,  
no empujes,  
suavemente. ”





## Suerte

**Michael Hernández Bolívar**

*Egresado del programa de Psicología*

Sepa usted, señorita, que su encalle en mi puerto ha significado la bienaventuranza de mi evangelio.

Traslúcido y sin fuerzas, la vida era más suerte que ganas hasta que la armonía de sus pasos empezó a agitarse con fuerza en las compuertas de mi bunker.

Cada día y a medida que me sosiego en ti.

Observo cómo el atardecer de tus labios me consuela como el agua fría que baja acaloradamente de la sierra. Me he desatado una fiebre que me recuerda a los azulones cuando se levantan en lo más alto de los bosques, siempre queriendo llegar a que me des todo de ti. Estamos coincidiendo en una infinidad de circunstancias que la vida ha sabido preparar.

Ahora, adornas con tu luz las viejas puertas de este velero que ha resistido como ha podido el agite de noches de alta mar.

Y mientras eso ocurre, en paralelo florecen brotes de ramas que se entrelazan en el campo.

Desde mi ventana, puedo sentir cómo has logrado crear vida cuando no había nada. La bonanza de mis deseos sube como polen en el roce de tus manos con las mías.

Te he visto de pocos modos posibles, y eso me lleva a hipotecar mi pragmatismo a la merced de rastrear en cada una de las habitaciones de tu ser.

Aún te desconozco, pero quiero de ti. Eres esa sinfonía que desconozco en su estilo pero que me resulta inquietante escuchar, como un tucán en una playa, como tus besos que se amontonan en mi espalda, sigamos aquí.

Es mi dicha tenerte y mi aventura conocerte. 🏠

## Arte

**Michael Hernández Bolívar**

*Egresado del programa de Psicología*



En una mano un pincel  
en la siguiente, tu rostro  
y de compañía tu sonrisa que soborna  
mi indecencia.

Es inevitable no desprenderme en  
obscenidades

como cuando un rayo cargado de vida  
llega a la oscuridad de tu cuerpo

y el zumbir de tu sensualidad, a  
tu modo.

Intento evitarme porque me  
(des)conozco cuando cruzo la frontera  
de lo explícito

pero escucho los sollozos deseos de  
tus silencios

gritándome lento en los besos que  
reclaman posesión.

Tu furor me consume sin aún tocarme.

esa virginidad en tu inexperiencia es  
similar a una espada de dos filos

rasgándome por las noches tan hondo

partiendo en dos mis deseos por  
enseñarte lo que he aprendido en  
el mundo.

No me preocupa que me tomes por  
inescrupuloso y todos sus derivados.

En mi defensa, solo he de decir que  
llegaste a dinamitar mis fuerzas

al punto que ahora quiero que seamos  
combustión.

No podre vaticinar el futuro por más  
que el ímpetu por controlarlo me lo  
reclame

pero no por ello me abstendré de

desentenderme de la fricción que me  
genera tu ley.

Sigo pensando en las facetas de tu rostro  
 cuando jubilada de placer el mapa de tus  
 poros se encumbren a su máximo ardor  
 como la puesta del sol, magnífica en  
 la suavidad de tu piel recostada a mi  
 pecho.

Impaciente por el recorrer de la  
 cartografía de tus lunares

por descubrir el relieve de tus muslos

los bordes de mis labios desean tirar  
 fuerte de tus extremos invadiéndome  
 de ti.

De tu piel, de tus cabellos, de tus respiros

del recelo de tus sombras y de la  
 orquídea de tu boca llena de decencia

en la curva de tus cejas y el sigilo de tus  
 ojos.

Apretar tu cintura tan fuerte hasta que  
 sientas que el alma se te desgarrar

mientras que en tus caderas se brotan  
 los colores que necesitas para profesar

la idea del deseo entre dos personas que  
 apenas se conocen

destinadas a ser eternidad o fugacidad  
 en un capricho de la divina providencia.

Sin embargo,

lo que más me aniquila a desligarme  
 en metáforas

es la necesidad por condenar ese hito de  
 misterio que emanar automáticamente

y sarcásticamente es lo que me lleva a  
 no terminar aquí,

sino en brindar por seguir formando  
 el puzzle

que me encaje a ti, y me dibujes en  
 tu arte.

La pintura se seca,

el aire está a punto de dictaminar  
 su veredicto

el resultado es la luz de tu acuarela  
 añadida a la mía. 🎨

## No viviré entre jaulas



**Carmen Lorena Romero Segrera**

Estudiante del programa de Psicología



Ilustración aportada por la autora

Me niego a creer que esto es todo,  
no viviré entre jaulas, sangre y balas,  
esperando que alguien más decida por mí,  
alzaré fuerte mi voz y sepa usted que no  
estoy sola.

Los hijos de la tierra, la prole, "los que  
sobran"

abrimos bien los ojos al nacer y nos los  
llenaron de polvo,

pero hoy, por la sangre y lágrimas de  
nuestra gente, ese polvo se esfumó

¿qué va a hacer ahora? Va a negarnos  
que, además de robar, nos están  
matando,

que le es sencillo hacerse el ciego, que  
evade su responsabilidad y se justifica.

La patria boba despertó y la resonancia  
de las balas ya no le permite dormir,

del insomnio, brotaron ideales, fuertes  
convicciones de lucha y lazos que,  
aunque por mucho tiempo usted  
rompió con órdenes absurdas, cada día  
se fortalecen más.

Para su infortunio, y el bien de todo un  
país que clama libertad, se encendió  
fuerte la llama,

y esa llama no se apaga porque está  
hambrienta de justicia y dignidad. 🇵🇷

## ¡Enamorada de ti!



Ilustración aportada por la autora



**Celina Henríquez Balaguer**

*Estudiante del programa de Ingeniería Ambiental y Sanitaria*

¡Bella Bella Bella!

Tus bellos ajuares son lo más hermoso, en especial cuando vistes con la elegancia del amarillo roble, cañahuate, tipa y guamacho, das a mi vista gran júbilo y mucho gozo.

El día que te vi cual doncella esperando a su enamorado el dorado sol

Tú vestida y engalanada con trajes de terciopelo dorado suave cual gamuza para coincidir con él en su color

Y la luna llena de celos asomada de vez en cuando, levantando un pedacito de cielo para husmear tu belleza y tu esplendor, confirmando de esta forma por qué todo aquel que te visita queda encantado con tus suaves y a la vez pronunciadas curvas, cual cima inalcanzable para cualquier mortal soñador.

Y tus pies descalzos cual diosa nativa bañados en agua de mar, rodeados de conchas y corales, quienes te acompañan

en tu baño caribeño regazo manso de ti siempre compañero.

Cuando vistes de blanco plumería obtusa cual novia camino al altar, eres tan bella con tu velo tejido de pequeñas flores de campanitas lila, blanca y azul que decoran tu suelo al pasar cual obra de arte hecha por madres indígenas cuidando siempre de ti, la más hermosa flor del lugar.

Mi amada, eres tal como se produce la perla con el sacrificio de su progenitora, pero al final la más bella, única y preciosa joya de mi querida América la encantadora.

Con la belleza esplendorosa del bosque seco tropical y tu delicioso aroma a flor de Guamacho que a mi bella Aracataca me hace recordar.

Y a mi bello Caribe, que su gran protector el Jaguar Pantera Onca te siga cuidando y recorriendo por toda la infinidad y que nada nunca logre borrar de tu faz su sigiloso andar. 🏠

# Cantos de dolor y de muerte

## A mi tío Chobe

**Luis Carlos Ramírez**

*Estudiante del programa de Historia y  
Patrimonio*



Revolotean sobre la bruma de las horas  
los cantos, perfumes, maldiciones,  
copos de luz. Flores ya marchitas.  
Tarareo un recuerdo, muchos recuerdos,  
aguardando la hora exacta de la  
despedida.

Yace... mas no en su lecho,  
sin sombra ya, ni fuego en sus huesos.  
Un largo y estrecho muro le separa  
del mundo:  
Ese muro lo hice con las tablas de un  
viejo vapor incinerado  
que surcaba el Magdalena,  
y con las chimeneas  
una serie de tambores, en el patio, para  
embruja las nubes.  
Ese mismo patio de sus primeras  
pilatunas:  
bocados de dicha contando estrellas  
entre los árboles,  
carcajadas multicolores, fantasmas en  
duermevela,

la música de los candiles crepitando en  
el oratorio,  
canciones de amor y una antigua ora-  
ción recobrada,  
el álgebra de un dios taciturno deshecho  
en arreboles.

La tarde se vuelve un potrero encendi-  
do, al oír su nombre:  
el sordo rumor estremece los quicios y  
revienta ventanas.

La muerte  
ha hilado en sus sienes una herida de  
bala.

II

En su habitación, la matrona ora y canta  
aceitando los engranajes de su tristeza.  
Mientras... su nieto desdibuja  
en la tenue línea de sus temores más  
íntimos,  
el naufragio de su ser  
en las oscurísimas aguas de la demencia.

El pueblo, todo,  
se ha ido llenando de su pena  
este último de los amaneceres a su lado.

Descansa su pálida materia  
en el austero ataúd de cedro calcinado,  
nada conserva ya de su impetuoso  
semblante  
la inerme armazón de su cuerpo:  
ni el pesado lastre de los sueños  
abortados,  
ni la mansedumbre de los atardeceres  
ribereños,  
ni los amaneceres efervescentes junto a  
su esposa adorada,  
ni la mugrienta costra de las culpas  
juveniles no expiadas,  
ni la herencia milenaria de sus ancestros  
trashumantes,  
ni la instantánea macabra, en las pupilas  
de su asesino, al apretar el gatillo.

Sobre los murmullos, en los oscuros  
pasillos,  
cantos y oraciones acompañan la amar-  
gura del amanecer.  
En la sala contigua, su hija insomne  
batalla con polvos, aceites y mimos  
perfumados  
su mustia piel a las sombras de la muerte.

### III

Chocan tus prendas sobre las losas del  
piso,  
con un suave chirrido se acomodan los  
muebles:  
todo está preparado ya, para el ritual  
tenebroso.

Silencio.

Al fondo del zaguán de los días,  
sobre la parafernalia grotesca del  
embalsamador,  
escruta el ojo reventado de un dios  
agonizante  
multiplicando hasta el infinito cuanto  
soy, seré y he sido.  
De mis antepasados, conquistadores  
solitarios de la Vía Láctea,  
a los pocos sobrevivientes del caos  
atómico de un futuro cercano:  
Un viejo pescador de sueños en la ciéna-  
ga de La Virgen,  
un tamborero en el oráculo del País de  
Pocabuy.  
Un bailarín al borde del suicidio en las  
estepas siberianas,  
un hábil contrabandista de acordeones  
en la alta Guajira.  
Un recolector de dátiles en los jardines  
colgantes de Babilonia,  
un vaquero cantor que solo existe en un  
porro de José Barros.  
Latonero, Ordeñador, Neurocirujano,  
Pintor, Banderillero,  
Astronauta, Embolador, Gaitero, Presti-  
digitador,  
Domador de caballos, Malabarista,  
*Sparring* resignado de Pambelé.  
Un sacerdote descreído huyendo de  
Torquemada,  
un prestamista honrado, portero de un  
burdel en Ámsterdam.  
Un general de siete soles sin una batalla  
ganada,  
un príncipe de las sábanas inmensas  
bañadas por el Congo.  
Un universo compactado en las pupilas  
sangrantes de ese dios moribundo,  
un ángel entristecido

viendo en aquel espejo roto todos sus  
miedos, todos sus años.

IV

Vine a hablarte del miedo  
y traigo una ofrenda de mar en mis ojos.

Voy

tras la voz que enciende tu nombre en la  
noche,  
hasta el dulce altar de los ancestros al  
que recién has ingresado.

Aquí te espero: Sonámbulo, ebrio, ateri-  
do... dislocado.

Clavo en el traspatio  
la bandera aromada de mis angustias,  
sacudo en tu rostro violentado  
el polvo de otras calles, la sal de otros  
puertos.

Conjuro en el aquelarre  
las voces conmovidas de mis abuelos  
moriscos:  
son las notas de sus cantos un tributo  
sincopado  
a la vida y a la muerte.

Te llevaré a hombros  
hasta que el veredicto de los jueces se  
cumpla  
y se entone tu nombre con júbilo entre  
los dioses.

Purifico mis alas de ángel entristecido  
escuchando las estrellas que saltan sobre  
el jardín de tu pecho,  
la música de los helechos insomnes  
alrededor del aljibe,

bajo la sombra del almendro azul, luna  
violeta,  
flameando libélulas en el bordillo de mi  
hamaca multicolor.

Vienes solo, con tu silencio enrojecido,  
entonando la canción aquella de los que  
parten.

Una procesión camina, lenta, a  
despedirte,  
haciendo un rugido de mar el silencio  
sin fin de tu sepulcro.

V

Volví a verte anoche,  
manos cruzadas sobre el universo ama-  
do de tu pecho,  
caía de nuevo el verano en el patio de  
nuestra casa.

Un fragante naranjo brotaba entre tus  
dedos larguísimos  
y el niño que me habita atrapaba el sol  
en un cofrecito.

El verano tararea los compases de tu  
nombre,  
la verde recordación de nuestros años  
de dicha,  
la malparidez sin nombre de tus verdu-  
gos intelectuales,  
la cal de tus huesos respirando en un  
laurel florecido.

No había nada  
que no viniera de tus ojos:  
el cielo perfumado de heliotropos,  
la raíz oculta de los mafufales floridos,

las nubes que se van, tintinando en el  
sardinell de la vida,  
los senderos de sal que juntos  
anduvimos y  
donde un día coincidiremos de nuevo.

Todo es ya polvo entre nuestras manos,  
el jardín de libélulas alfileradas en la  
noche,  
el vuelo de los pájaros que descubijan  
el alba,

las paredes tornasoladas del baúl de  
tus recuerdos,  
el grito que, en el puerto, solitario,  
conjura tu nombre,  
la honda totuma donde empinábam<sup>os</sup>  
la ventura.

En medio del patio tus huesos cantaban,  
al salir del sueño:  
“nada, nada llenará la falta de tu cora-  
zón en el mío...” 